



**NO SE VA A LLAMAR ‘SOÑAR
CON MILANESAS’ – O ¿POR
QUÉ DECIDIMOS CAMBIARLE EL
TÍTULO A NUESTRO FUTURO
LIBRO?**

Javier Auyero y Sofía Servian

NO SE VA A LLAMAR 'SOÑAR CON MILANESAS' – O ¿POR QUÉ DECIDIMOS CAMBIARLE EL TÍTULO A NUESTRO FUTURO LIBRO?

Javier Auyero¹ y Sofía Servian²

Resumen

Este artículo resume la introducción de un libro en preparación cuyo título provisional es *Abrumados. ¿Cómo sigue sobreviviendo los marginados?* Nos concentramos en la atmósfera mental que prevalece entre los habitantes de los márgenes urbanos y analizamos sus múltiples estrategias de sobrevivencia. Nos preguntamos cómo y cuándo las estrategias destinadas a obtener recursos materiales y a lidiar con la violencia interpersonal intersectan formas locales y extra-locales de dominación y explotación. La introducción también esboza la naturaleza colaborativa de nuestro proyecto de investigación y su dimensión pública.

Palabras Clave: marginados urbanos, estrategias de sobrevivencia, dominación, proyecto colaborativo

Resumo

Este artigo resume a introdução de um livro em preparação cujo título provisório é *Oprimidos. Como continuam a sobreviver os marginalizados?* Concentramo-nos na atmosfera mental que prevalece entre os habitantes das margens urbanas e analisamos suas múltiplas estratégias de sobrevivência. Perguntamo-nos como e quando as estratégias destinadas a obter recursos materiais e a lidar com a violência interpessoal intersectam formas locais e extra-locais de dominação e exploração. A Introdução também esboça a natureza colaborativa do nosso projeto de investigação e sua dimensão pública.

Palavras-chave: margens urbanas, estratégias de sobrevivência, dominação, projeto colaborativo

Abstract

This piece summarizes the introduction of a book in progress whose provisional title is *Overwhelmed. How do the urban poor keep surviving?* We focus on the mental atmosphere that prevails among residents of the urban margins and dissect their multiple strategies of survival. We ask when and how these strategies to obtain material resources and to deal with interpersonal violence intersect and interact with local and extra-local forms of domination and exploitation. The introduction also delineates the collaborative nature of our research project and its public dimension.

Keywords: urban margins, strategies of survival, domination, collaborative project

¹ Universidad de Texas-Austin.

² Universidad de Buenos Aires.



NO SE VA A LLAMAR 'SOÑAR CON MILANESAS' – O ¿POR QUÉ DECIDIMOS CAMBIARLE EL TÍTULO A NUESTRO FUTURO LIBRO?³

“[R]esulta tan difícil hablar de los dominados de manera justa, y realista, sin exponerse a dar la impresión de que se les hunde o se les exalta, sobre todo, a ojos de esos apóstoles bienintencionados que, inducidos por una decepción o una sorpresa a la medida de su ignorancia, interpretarán como condenas o alabanzas una tentativa informada de decir las cosas como son” Pierre Bourdieu. 2000.

Pascalian meditations. Stanford University Press.

Hace más de cinco años que Chela coordina un comedor comunitario en el asentamiento La Matera, en la periferia sur del conurbano bonaerense. El comedor lleva el nombre de su hijo de 9 años, fallecido luego de que una moto lo atropellara frente a su casa. De lunes a viernes, alrededor de 100 personas, entre niñas, niños y adultos desayunan, almuerzan y/o meriendan en el estrecho salón multiuso cubierto con chapas y rodeado de alambre en el patio de adelante de la casa de Chela. Una mujer de 45 años, de baja estatura y tez morena, Chela parece tener una energía inagotable para obtener recursos para su comedor: “Me bajan de Nación, del municipio, de la iglesia... también donaciones privadas. La panadería nos dona la factura, otros ponen para el puchero”. Cuando hablamos con ella en mayo de 2019 nos contaba que al principio concurrían niños y niñas solas al comedor, “ahora se ven más familias enteras”. Un año más tarde, en plena pandemia, el comedor de Chela distribuía raciones de comida a docenas de familias.

El barrio “está mal. El año pasado se inundó más que nunca, no sé si será por las cloacas que no terminaron. No sabés las ratas que tenés después de cada inundación. Por suerte acá en el comedor no tenemos. Tenemos venenos y jaulas por todos lados, porque son ratas grandes”. A Chela no le gusta detenerse en los problemas, sino en las posibles soluciones. “Vamos a salir adelante”, dice. El “salir adelante”, para ella, implica a las tres vecinas que la ayudan en comedor: “se corta la luz y sabemos qué hay que hacer, se corta el agua, y sabemos qué hay que hacer”. Las cuatro, comienzan su labor alrededor de las siete de la mañana y terminan una vez que limpian la sala luego de la merienda de las 5 pm.

Soledad tiene 28 años y hace seis meses colabora con Chela en el comedor. Su marido es carnicero y “sale” del barrio todos los días a las 5 AM – “tiene que esperar a que haya alguien en la calle para salir, porque hay mucho chorro”. Tiene dos hijos, el más chico sueña con ser futbolista, y Soledad lo lleva a dos clubes durante la semana para que se entrene. A su hija, la acompaña otras dos veces por semana para que tome un curso de belleza. Pasa horas en distintos colectivos acompañando a su hijo e hija. “Gasto un montón en SUBE...y el uniforme de futbol también es re-carro”⁴.

“Cuando me mudé acá”, nos cuenta Soledad, “mis hijos tuvieron dos años de tratamiento porque en la casa donde nos mudamos había perros y pulgas. Era un asco. En el hospital donde los llevaba me preguntaron ‘¿Dónde te metiste mami?’ ... La basura acá la tenés que quemar, porque es un nido de ratas.

³ Adelanto del libro *Abrumados. ¿Cómo siguen sobreviviendo los marginados?*

⁴ SUBE es el Sistema Único de Boleto Electrónico implementado en el país desde el año 2011. La tarjeta SUBE permite a cada usuario abonar viajes en colectivos, subtes y trenes.



La vecina tira y no quema. Y cuando quemamos, los vecinos se quejan del humo”. Cuando le preguntamos si había algún dirigente político barrial que ayudara con estos y otros problemas del asentamiento, Soledad nos contestó refiriéndose a Pocho, un referente del peronismo, “¿Un puntero? Estaba el que está preso ahora”.

El día que hablamos con Chela y con Soledad, el plato fuerte del almuerzo era un guiso de mondongo con arvejas. Entre los ruidos de las ollas y las cucharas, y el murmullo de los chicos y chicas que entraban al comedor, Chela nos confesó entusiasmada que su ilusión era “hacer milanesas con un buen puré... ese es mi sueño”.

Chela no es la única que sueña con milanesas. Expresiones como “una buena comida”, “un buen asado”, “unas buenas milanesas” se repitieron durante los más de 24 meses que duró nuestro trabajo de campo en el asentamiento y los barrios que los rodean. Susana nos contaba que esperaba todo el mes a cobrar la Asignación Universal por Hijo (AUH)⁵ para “comprarme unas buenas milanesas”, Ana depositaba sus esperanzas en las elecciones (en las que el presidente Macri y la gobernadora Vidal fueron derrotados) porque “tenemos que volver a comer milanesas más seguido”. Docenas de entrevistados nos detallaron el precio de las alitas de pollo, de los huevos, de la leche, de lo que “antes comprabas con 100 pesos y ahora no te alcanza para nada”, de lo caro que estaba la manteca y la última oferta de budín que les había llegado por WhatsApp. “En casa”, nos detallaba Pedro, “ahora tomamos mate cocido con leche en vez de leche con chocolate para que la leche rinda más”. José nos dijo que le dio a su hija todo lo que cobró “juntando fierros” para que ella se pueda dar “el gusto de comprarse milanesas”.

Dadas las reiteradas referencias a las milanesas que nuestros entrevistados añoraban volver a comer, pensamos en titular nuestro libro *Soñar con Milanesas*. Queríamos, con el título, capturar simultáneamente la dimensión material de la miseria y las esperanzas de los más desposeídos. Sin embargo, al poco de jugar con el título nos dimos cuenta de los peligros que una sesgada o interesada interpretación podían generar –“¡Los pobres no sólo sueñan en comida!” – imaginamos escuchar una acusación crítica; “¿Ves? ¡Esta gente sólo piensa en comer!” sospechamos que otros dirían. Quizás anticipando esas lecturas simplificadoras decidimos dejar el título de lado –aun cuando mantuvimos nuestro interés tanto teórico como empírico en la materialidad de la destitución y en la manera en que las esperanzas de mejoramiento individual y colectivo se entretejen con y desde ella.

“Acá estamos como olvidados”

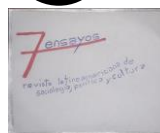
Lucy cree que en La Matera “estamos como olvidados”. Se refiere a la desprotección frente a la violencia que ella y su familia han estado sufriendo. Las últimas semanas del mes, Lucy suele quedarse despierta hasta tarde. Hasta que no escucha el sonido de la puerta indicando que su hija Paula está de regreso del trabajo, Lucy no apaga

⁵ La AUH es un programa de transferencia monetaria condicionada.



su velador. Las primeras dos o tres semanas del mes, Lucy suele dormirse antes. Paula se toma un remise desde la parada del colectivo y “eso me da tranquilidad”. Hacia fin de mes, cuando ya no alcanza el dinero, Paula camina las 15 cuadras que separan la parada del colectivo de su casa.

A Juan, otro de sus hijos, “lo robaron entre cuatro, con cuchillos, lo dejaron en bolas... adelante mío”. Ella llevaba una faca en su cintura, como siempre, para “sentirme más segura”. Pero no reaccionó porque temió que le hagan daño a su hijo. “Yo les pedía que no lo lastimen”. Los que lo asaltaron “son pibes del barrio, jugaban a la pelota con mi hijo.... Pero igual lo dejaron en calzoncillos. Al padre de uno de ellos le dije que a mí no me podían robar nada porque soy pobre como ellos. Uno de los pibes ahora está en cana, al otro lo mataron... [luego del asalto] Yo quedé histérica por unos meses”.



Nuestro libro examina las estrategias de sobrevivencia de los pobres urbanos: ¿Qué hacen los que menos tienen para obtener vivienda, alimentación, y medicamentos? ¿Cómo lidian con la violencia –una amenaza literal a su sobrevivencia– que los azota a diario? Más de dos años de trabajo de campo, y la atención simultánea a estrategias pasadas y presentes, resaltan la diversidad de prácticas, pero al mismo tiempo cierta uniformidad en cómo las carencias materiales son vividas y sentidas. Esta experiencia común es la que el título que sí escogimos procura ilustrar.

La pregunta por cómo sobreviven los marginados tiene que ir de la mano, para quienes hacemos etnografía, con la pregunta sobre cómo piensan y sienten esta subsistencia. *Abrumar*, de acuerdo al diccionario María Moliner, significa “constituir una carga penosa para alguien”. *Abrumados* resume el estado de ánimo que detectamos en los márgenes –la subsistencia es esa ardua carga que los residentes de La Matera confrontan a diario. Estar abrumados no implica, al menos para las decenas de personas con las que hablamos, estar paralizados o impotentes frente a una realidad de inseguridades y precariedades. Por el contrario, sus propias prácticas (desde tomar una tierra, levantar una casa, cavar una zanja, construir una vereda, hasta asegurarse que las hijas asistan a la escuela, coordinar horarios para evitar ser asaltados, y trabajar a diario en un comedor comunitario para alimentar a cientos de personas) expresan no sólo la existencia de la esperanza en el mejoramiento individual y colectivo sino algo que, creemos, ellas y ellos pueden enseñar a quienes no habitan allí: la persistencia frente a dificultades presumiblemente insuperables.

Persistir, de acuerdo al diccionario de María Moliner, significa, “pervivir, perseverar” –continuar firme u obstinadamente en un estado o curso de acción a pesar de los obstáculos o los fracasos. La persistencia es otro de los temas que aúna a varias de la historias personales y retratos etnográficos que presentamos aquí. Resaltamos la persistencia porque creemos que nos permitirá iluminar los esfuerzos individuales y

colectivos de los habitantes de los márgenes urbanos (sin celebrar su voluntarismo ni su “agencia”) y, al mismo tiempo, enfatizar las circunstancias objetivas que están más allá de su control. Esto nos ayudará a construir una representación que sea “justa y realista”, como aconseja Pierre Bourdieu, sin degradar ni glorificar a quienes habitan en lo más bajo de la escala social.

“Nos tapó la mitad de la casilla”

La lluvia comenzó un jueves de noche, en el mes de abril de 2000. Temprano en la mañana del viernes, Lucas vio que las zanjas recién cavadas se habían llenado de agua. Las tablas que habían puesto para no tener que saltarlas ya no estaban. Las estacas que había clavado en la tierra y los hilos que las unían para delimitar cada terreno ocupado pronto desaparecerían bajo el agua. “Gris”, la recuerda. Lucas reconoció los principios de una corriente que se aceleraba al pasar por lo que pronto sería la plaza central del barrio. Vio pasar un par de cubiertas que servían de puente para entrar y salir del barrio. Con Alma decidieron quedarse en el rancho –tenían miedo de que alguien se los “intrusara” como le había pasado a Joni el fin de semana anterior cuando fue a visitar a sus familiares a una media hora del nuevo asentamiento. Hacia el mediodía, cuando Lucas decidió bajarse de la cama para ver el nivel del agua, sus zapatillas se hundieron en el piso de tierra. A los veinte minutos escuchó el “plaf, plaf...” cuando Alma atravesó el cuarto para hacer el mate. “Es como que nos estamos hundiendo”, pensó. Dos centímetros de agua ya cubrían el piso, en 48 horas el agua les llegaría hasta la rodilla. Alma y Lucas ya habían pasado una inundación juntos y sabían que si no ponía a resguardo sus colchones y su ropa el agua los arruinaría: “la cama, mal que mal, le das una enjuagada y sabés que sirve porque es madera pero los colchones y la ropa no la podés usar más”. Sobre una de las mesas pusieron el colchón y apoyaron la heladera sobre la otra. Se quitaron las zapatillas embarradas. Con sus espaldas apoyadas sobre la húmeda pared de chapa, se sentaron sobre el colchón, el mate y el termo entre ellos, a esperar. Las otras tres paredes de lona, recuerda Alma, aleteaban al compás del fuerte viento. La tormenta duró 4 días, al final de los cuales el nuevo asentamiento quedó totalmente cubierto de un metro y medio de agua.

Abrumados documenta la agudeza, la constancia, y la multiplicidad de la pobreza urbana focalizándonos en las diversas estrategias de subsistencia de los habitantes de La Matera, originalmente un asentamiento informal, hoy un barrio del sur del conurbano bonaerense. Al indagar en cómo los habitantes obtienen sus terrenos, construyen sus viviendas, levantan la infraestructura común necesaria, procuran su alimentación diaria, nuestro texto pone atención en la dimensión material de la pobreza. Al examinar las



formas en las que estos mismos habitantes navegan situaciones de extrema violencia interpersonal, también nos focalizamos en su (insegura) existencia física. Al inquirir sobre lo que dicen, piensan, y sienten mientras persisten en su vida diaria en medio de la miseria y la violencia, nos ocupamos de la dimensión simbólica de la marginalidad urbana.

Abrumados inspecciona estas estrategias tanto de manera sincrónica (¿Cómo lidian hoy con las carencias materiales y con la violencia circundante?) como diacrónica (¿Cómo han intentado resolver sus problemas más urgentes en los 20 años que tiene el asentamiento?). Al poner simultáneamente en foco pasado y presente veremos que la pregunta por la subsistencia (¿Cómo sobreviven en un contexto de privación material e inseguridad?) no puede ser separada de la pregunta por el progreso (¿Cómo procuran mejorar sus vidas?). En La Madera, como en tantos otros territorios relegados, la sobrevivencia (¿Qué hacen los pobres para, siguiendo la imagen creada por Charles Booth y que inspirara los estudios de la “línea de pobreza”, mantenerse a flote?) y los intentos de progreso (¿Qué hacen para intentar dejar de ser pobres?) están profundamente imbricadas.

Investigar y escribir en/sobre los márgenes

“Ver, escuchar, tocar, grabar, puede ser, si se hace con cuidado y sensibilidad, actos de fraternidad y sororidad, actos de solidaridad. Sobre todo, son el trabajo de reconocimiento. No mirar, no tocar, no grabar, puede ser el acto hostil, el acto de indiferencia y de apartamiento”. Nancy Scheper-Hughes.

1994. *Death without weeping*. California University Press

Abrumados es fruto de la colaboración entre una estudiante de Antropología que nació y se crió en el barrio aledaño a La Madera (La Paz) y un sociólogo que no vive en el conurbano desde el año 1992 pero que lo visita con frecuencia. Nos embarcamos en esta tarea conjunta –investigar y escribir sobre la vida de los más desposeídos – a sabiendas de una situación un tanto paradójica que se vive en el país. Las Ciencias Sociales –y en particular la Sociología y la Antropología– han producido excelentes trabajos que desmontan la enorme cantidad de prejuicios y estigmas clasistas, sexistas y/o racistas que circulan sobre los sectores sociales más vulnerables (desde el “esta gente no quiere laburar”, hasta el “tienen hijos para cobrar planes”, desde el “votan con la panza” hasta las acusaciones de “negros choriplaneros”, etc.). A pesar de ese trabajo colectivo, estos prejuicios y estigmas perduran y, hasta nos aventuraríamos a decir, se amplifican con pernicioso velocidad en las redes sociales (particularmente en épocas de elecciones) no sólo entre sectores medios y altos sino entre los mismos pobres. No somos tan ingenuos como para creer que un libro, que se tome en serio el esfuerzo por conocer bien a los habitantes de lo más bajo de la escala social y por escribir de manera clara sobre sus padecimientos, vaya a deshacer representaciones nocivas que están lejos de ser creaciones recientes. Pero sí queremos creer que, si focalizamos sistemática y rigurosa atención etnográfica en el esfuerzo por sobrevivir, y en temas como la esperanza, las posibilidades, los intentos por “hacer lo correcto” en medio de tanta adversidad deberían servir como herramientas de crítica frente a esos prejuicios.



Visibilizar el sufrimiento y sus consecuencias, generar otro tipo de discusión sobre lo que sucede en lo más bajo del espacio social, desde que nos encontramos por primera vez a mediados del año 2018 tuvimos estas intenciones, muy generales por cierto, en mente, lo que hoy podríamos denominar un intento por llevar a cabo una ciencia social pública y localizada reconstruyendo historias que sean al mismo tiempo accesibles, empíricamente enraizadas y teóricamente informadas que fuesen relevantes y entendibles para el público en general. Procuramos construir narrativas que hablen de las distintas maneras en que se vive la marginalidad urbana porque, quizás de manera un poco ingenua, compartimos el “optimismo ilusorio del poder de las ideas” de generaciones anteriores de científicos sociales (Burawoy, 2016).

Sofía nació, se crió, y vive en un barrio adyacente a La Madera, producto de una de las primeras tomas colectivas de tierras en el conurbano durante los años ochenta. Las conversaciones, entrevistas en profundidad, e historias de vida en las cuales se basa nuestro texto fueron llevadas a cabo como charlas entre vecinos, conocidos y/o familiares de muy similar posición social. Sofía no tuvo que “entrar al campo” y lograr esa confianza y ese “rapport” muchas veces tan elusivos hasta para la más experimentada etnógrafa. Su desafío no fue tanto “entrar” sino más bien “tomar distancia” de la realidad que la rodea a diario para poder objetivarla, analizarla y narrarla.

Reduciendo lo más posible la intrusión externa (los habitantes de La Madera ven en Sofía a “la hija de...”, “la vecina de...”), la distancia, y la asimetría entre entrevistadora y entrevistados, nuestro trabajo de campo generó, en más de una ocasión, situaciones de “auto-análisis acompañado e inducido” (Bourdieu, 2000, p. 615). Personas como Chela, Soledad y tantas otras aprovecharon la oportunidad que les otorgó la entrevista con alguien que procuraba entenderles para llevar a cabo una suerte de auto-examen. Utilizaron “el permiso o el incentivo dados por nuestras preguntas o sugerencias (...) para llevar a cabo una tarea de clarificación –gratificante y dolorosa al mismo tiempo– y para expresar, a veces con gran intensidad, experiencias y pensamientos por mucho tiempo reprimidos o no dichos” (Bourdieu, 2000, p. 615).

“Para conocer completamente el juego”, escribe Matthew Desmond (2009, p. 294) en su detallada e inspiradora etnografía de los bomberos forestales

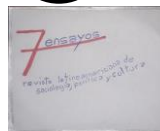
debemos jugarlo. Debemos comer su comida, hablar su idioma, caminar por sus veredas, trabajar en sus trabajos, luchar en sus luchas, enseñar en sus escuelas, vivir en sus casas; y debemos hacer todo esto hasta que sus cosas, su vida —su olor, sabor y temperatura, su forma de razonar y psicología, su ritmo y tempo y sentir— se conviertan en nuestras cosas, nuestra vida (2009, p. 294).

El trabajo de campo sobre el que se basó *Abrumados* fue llevado a cabo, casi en su totalidad, por Sofía Servián. Sobre sus más de dos años de observaciones y decenas de entrevistas y conversaciones informales es que nos basamos para realizar las reconstrucciones etnográficas y formular nuestros argumentos. Sofía no decidió, de un día para el otro, “jugar el juego” para comprender de qué se trataba subsistir en los márgenes urbanos. Comparte con los habitantes del asentamiento su comida, sus veredas, su escuela; allí fue que ella remontó sus primeros barriletes cuando era chica, allí tuvo “piyamadas” con



sus primos, allí viven hoy muchos de sus tíos y tías. No tuvo que “someterse al fuego de la acción *in situ* ... (ni) poner su propio organismo, sensibilidad, e inteligencia encarnada en el epicentro del conjunto de fuerzas materiales y simbólicas” (Wacquant, 2006, p. xi) que dan forma a las estrategias de sobrevivencia porque ella, y su familia, están involucradas en esa tarea desde siempre. No tuvo que deliberadamente “exponerse” a una fila para cobrar un plan estatal al que el dirigente político local le había dado acceso para luego cobrarle una parte en efectivo porque así lo experimentó cuando su madre estaba sin trabajo. No tuvo que “sumergirse” en la cotidianeidad barrial para vivir la inseguridad diaria porque vive allí, a sólo dos cuadras de uno de los puentes que entran a La Madera, desde que nació. Nunca tuvo, en otras palabras, que procurar que “las cosas” de los que viven en la periferia urbana se volvieran “sus cosas” – sus olores, sabores, temperaturas, sonidos, etc.– porque, sencillamente, siempre lo fueron. El desafío no fue el acceso sino, más bien, el distanciamiento respecto de formas no cuestionadas de pensar y hacer, disposiciones internalizadas a lo largo de su vida que, fuimos descubriendo, no permitían ver y cuestionar –objetivar– estrategias propias y ajenas.

El trabajo en conjunto (entre una estudiante de antropología y un sociólogo con casi tres décadas en el oficio) fue esencial para, mediante una reflexividad sostenida, proceder con los quiebres epistémicos que nos permitieran construir a las estrategias de subsistencia en un objeto sociológico (Jensen y Auyero, 2019). Juntos, en infinidad de diálogos virtuales y presenciales, fue que convertimos, al decir de Pierre Bourdieu, “a lo doméstico en algo exótico” mediante una ruptura con la “relación inicial de intimidad con maneras de vivir y de pensar que, al ser tan familiares, permanecen opacas” (1990, p. xi).



La mochila de Sofía

Era la primera semana del segundo semestre del 2019. En su mochila nueva, Sofía llevaba las fotocopias para las dos materias, recién compradas en “El Bar”, el kiosco de la facultad de Filosofía y Letras donde cursaba Antropología. Tenía también un libro nuevo, *El Informe sobre Auschwitz* de Primo Levi, uno de esos lujos para los que los estudiantes de bajos ingresos suelen ahorrar meses. Ya llevaba dos años estudiando en la ciudad de Buenos Aires y siempre se aseguraba que sus materias no comenzasen muy temprano en la mañana ni terminaran muy tarde en la noche. Sofía sabe que salir de madrugada del barrio o regresar pasada la medianoche es peligroso. “Los pibes” acechan a los vecinos –los relatos de asaltos y robos de celulares, dinero, zapatillas eran frecuentes entre sus amigas. Pensaba que a ella nunca la iban a asaltar si tomaba las precauciones necesarias: evitar ciertos horarios, caminar por donde había más luz, intentar siempre estar acompañada y llevar pocas cosas encima.

Esa noche estaba sola. Había llamado a Agustín, su hermano un año menor, para que la esperara en la esquina. Se bajó del colectivo 373 a las 11.15 de la noche. La parada estaba a cuatro cuadras de su casa. En el segundo que se demoró en saludar a Agustín, tres chicos los rodearon. Sofía cree que no tenían más de 15 años. Los tres estaban

encapuchados, dos mostraron sus cuchillos y el tercero una pistola. “¡El celular!” fue todo lo que dijeron. Se le secó la garganta y apenas atinó a decirles que lo tenía en el fondo de la mochila. Sintió miedo de no poder alcanzarlo pronto. Pensó que la iban a lastimar. Metió la mano y ahí, entre las fotocopias y el libro de Levi, estaba su celular – un Samsung Y6, regalo de cumpleaños de Susana, su mamá.

Recuerda todavía el golpe en la muñeca que uno de ellos le dio al agarrar el celular. Le arrebataron también la mochila. Cuando los tres chicos salieron corriendo, Sofía notó que su hermano ya no tenía la campera, la remera, ni las zapatillas. En este momento vio que un patrullero de la policía bonaerense pasaba frente a ellos. Les hizo señas y las sirenas azules encendidas la encandilaron por un segundo. Uno de los asaltantes fue detenido en la otra esquina de su casa. Los otros dos, con el celular, la mochila, y la ropa de su hermano, lograron escapar corriendo en dirección al puente que comunica el barrio con La Matera.

Eso fue un jueves. El sábado, como todos los sábados desde ya hacía un año, Sofía se acercó a la Unidad Básica donde, junto a otras jóvenes militantes del barrio, ofrecen clases de apoyo escolar a niñas y niños de la zona, la mayoría de las cuales vienen del asentamiento. La clase se divide en dos grupos, los más chicos de siete y ocho años, y los más grandes de nueve a doce años. Son clases un poco caóticas, en las que Sofía y sus compañeras intentan transmitir el interés por la lectura con juegos. Varios estudiantes asisten de manera irregular, otros, como Félix, no faltan nunca.

Ese sábado, Félix estaba muy contento. Con sus 12 años recién cumplidos, se acercó a Sofía y le mostró su mochila nueva. Al ver que era la mochila que le habían robado hacía dos días, Sofía sintió un escalofrío en su cuello. La garganta se le volvió a secar. Sonrió forzosamente y le dijo a Félix que le parecía muy linda. No dijo ni preguntó nada más.



Bibliografía

- Bourdieu, P. (1990). *Homo Academicus*. Stanford University Press.
- Bourdieu, P. (2000). *The Weight of the World: Social Suffering in Contemporary Society*. Stanford University Press.
- Burawoy, M. (2016). Sociology as a Vocation. *Contemporary Sociology*, 45 (4), 379–93. DOI: 10.1177/0094306116653958
- Desmond, M. (2009). *On the Fireline: Living and Dying with Wildland Firefighters*. University of Chicago Press.
- Jensen, K; y Auyero, J. (2019). Teaching and Learning the Craft: The Construction of Ethnographic Objects. *Urban Ethnography*, 16, 69–87. DOI: 10.1108/s1047-004220190000016007
- Wacquant, L. (2006). *Body & Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*. Oxford University Press.